

CAPÍTULO I
INCLUSIÓN SOCIAL PARA EL
DESARROLLO

El desarrollo humano en todas sus dimensiones contextuales, sociales, políticas, y culturales aunado a los avances tecnológicos, la industrialización y la modernización social han ocasionado una serie de consecuencias entre ellas la brecha de las clases sociales, la carencia del acceso a las oportunidades que el estado podría ofrecer, así como la poca participación de la población vulnerable (Corporación Colombia Digital, 2012).

La vulnerabilidad puede ser concebida desde las condiciones de inseguridad e indefensión en las que las personas desarrollan sus vidas en familia, en comunidad, e individual, como resultado de las circunstancias socio-económicas traumáticas de cada entorno físico y las estrategias que la comunidad usa para afrontar dichas situaciones (CEPAL, 2001). Así mismo se considera población vulnerable o grupos vulnerables aquellos que, por su naturaleza o determinadas circunstancias, se encuentran en mayor medida expuestos a la exclusión, la pobreza, y los efectos de la inequidad y la violencia de todo orden (Ministerio de Educación Nacional, 2005).

Dentro de las poblaciones vulnerables se pueden mencionar los grupos minoritarios como las comunidades étnicas (indígenas y afrodescendientes), población con necesidades educativas especiales, personas con discapacidad física, víctimas de la violencia, niños y jóvenes trabajadores, adolescentes transgresores de la ley, jóvenes y adultos sin escolarizar y comunidades rurales (Azüero, 2009).

El término inclusión hace su aparición en los años 90s como forma de sustitución para el término “Integración”. Esta expresión se acuñó, en primera instancia, en el ámbito educativo, con el objetivo de orientar a las instituciones educativas sobre la forma como deben responder ante las diversas necesidades de los estudiantes; fuera de las esferas pedagógicas la inclusión pretende resaltar la diversidad mostrándola como una posibilidad de riqueza social (Corporación Colombia Digital, 2012).

La inclusión social puede entenderse como aquel proceso mediante el cual las comunidades que viven en condiciones de vulnerabilidad se empoderan y hacen parte activa de las decisiones que se toman en la sociedad y así mismo se benefician de las oportunidades que les brinda en servicios, espacios políticos sociales y de infraestructura (Banco Mundial, 2017; 2014). En este mismo orden de ideas para poder entender la inclusión social es fundamental mencionar explícitamente la problemática de la exclusión social, puesto que ambas, aunque son contrarias, conforman un proceso dinámico y no se concibe la una sin la otra (Azuero, 2009; Roca, 2008).

Por exclusión social se entiende la imposibilidad de participación social, económica, política y cultural. Constituyen expresiones de exclusión social, dificultades como el acceso a una casa digna, recibir educación de calidad, pocas oportunidades laborales dignas, no contar con las condiciones sanitarias o no pertenecer al régimen de salud. La exclusión social es un cúmulo de desventajas e inseguridad en los aspectos antes mencionados más factores emergentes, como la edad, el género, la salud, la cultura, y personas inmigrantes (Escarbajal-Frutos, Izquierdo-Rus, López-Martínez, 2014).

En las sociedades organizadas por la segmentación, la inclusión no es más que el resultado de la existencia de subdivisiones en diferentes ámbitos sociales, entre las que se encuentra el núcleo familiar y el lugar de residencia (Roca, 2008). En las sociedades organizadas por la estratificación, la inclusión se forma en la medida en que los individuos hacen parte de un solo estrato y se marcará por la pertenencia a una familia, a una determinada esfera, vivir en un lugar específico y su permanencia en él y la interacción que regule (Azuero, 2008).

Esto implica que el proceso de exclusión se puede superar en las estructuras sociales y en la relación con ellas, mediante la construcción e implementación de políticas públicas que se enmarquen en todos los aspectos de la vida cotidiana de la comunidad y promuevan el desarrollo de proyectos concretos que intervengan en las dinámicas excluyentes. Será determinante que éstos sean ejecutados por los actores comunitarios para aprovechar su liderazgo y que realmente el proceso de inclusión sea palpable, permitiendo de ese modo generar un impacto significativo en la sociedad (Azuero, 2008).

Comprender y desmitificar la existencia de la exclusión social, abre las puertas a la inclusión social en la medida en que permite la implementación de estrategias para el desarrollo de programas que se enfoquen en las diferencias humanas y no solo en las condiciones económicas, religiosas y étnicas (Corporación Colombia Digital, 2012).

La inclusión como hecho psicológico: identidad social

Los seres humanos llevan impregnada en su naturaleza la necesidad de pertenecer a un grupo, al punto que la vivencia de exclusión social se convierte en una experiencia negativa para la vida emocional y para las demás dimensiones del potencial humano (Sacco, 2015). Contrariamente, los sentimientos de interconexión constituyen un indicador significativo de salud física y mental (Baumeister & Leary, 1995).

Seligman y Csikszentmihalyi (2000) han estudiado el impacto psicológico que tienen las vivencias dentro del ámbito familiar y la escuela, así como el grado de fortaleza cognitiva y emocional que estas forjan en los individuos, particularmente en su vivencia de bienestar (Peterson, 2006; Kennedy & Kramer, 2008); el bienestar social no existe sin el bienestar individual, ya que la plenitud de los individuos solo es posible cuando existe equilibrio y satisfacción consigo mismos y con el entorno en el que se desarrollan (Keyes y López, 2002; Hervás, 2009).

El bienestar psicológico se ve afectado por las condiciones de vulnerabilidad y exclusión social y, por ende, en la salud de las personas. La Organización Mundial de la Salud (OMS, 1948) ha definido el término salud como aquel estado de bienestar físico, mental, y social, que no implica necesariamente la ausencia de enfermedades; es así como se permite destacar el componente social (relaciones interpersonales, condición socio laboral, y relación ambiente físico y social), como un elemento fundamental para una calidad de vida digna (Escarbajal-Frutos, Izquierdo-Rus, López-Martínez, 2014).

En este sentido, la inclusión social se convierte entonces en un factor trascendental para el fomento de la salud, incorporando el elemento social. El sentido de pertenencia permite a los ciudadanos sentirse parte del entorno en el que se desenvuelven y alimenta los procesos de socialización que a su vez contribuyen a la consolidación de la identidad (Escarbajal-Frutos,

Izquierdo-Rus, & López-Martínez, 2014). La inclusión social impulsa a las personas a mostrar interés en participar en diferentes tipos de actividades, contrario a las personas que viven situaciones de exclusión o marginación ya que la pertenencia a un grupo estable genera seguridad y necesidad de participar y estas a su vez generan bienestar (Sacco et al., 2011).

Inclusión como participación en la comunidad

En los últimos 20 años se ha considerado a la ciencia económica como el componente fundamental de la dimensión de la realidad, lo que la ha constituido en un paradigma de la ideología mundial. A su vez, esta construcción social ha conllevado a la regresión, el incremento de las desigualdades y la marginación social (Hessel, 2011). De igual forma, el fenómeno de la globalización económica ha contribuido en gran medida al desequilibrio psicosocial de grupos excluidos dado el aumento de los índices de desempleo, subempleo, y pluriempleo (Portera, 2006).

Según Araoz-Fraser (2010), la sociedad en la búsqueda del progreso, se orienta por la acumulación y el manejo del excedente económico. Por lo general, estos benefician a pocas personas o grupos, dando lugar a estructuras sociales desiguales en el plano local, nacional e internacional. Frente a este escenario, Colombia continúa su tenencia histórica de desigualdad y elevados índices de pobreza, que muchas veces se maquillan con la inclusión de la economía informal entre los indicadores de empleabilidad, cuando muchas de las personas que están en esa situación no tienen garantías sociales de ningún tipo. También constituyen barreras para la inclusión, las manifestaciones de violencia, su legitimación social, así como el sostenimiento de formas institucionalizadas de corrupción en el comportamiento cívico y político, la concentración de poder y las secuelas psicosociales de los conflictos, que sumen a las poblaciones en un fatalismo que paraliza su capacidad de gestión y decisión (Martín-Baró, 2003).

El país requiere de forma urgente la implementación de estrategias de inclusión de la población más necesitada, de manera que estos puedan fungir como sujetos de deberes y derechos en la sociedad, aportar a la equidad y a la estabilidad, como recurso humano educado y dotado con herramientas que mejoren la capacidad productiva del país. Ahora bien, el alcance de una economía social, tal como lo señala Coraggio (2011), es que no puede ser para los pobres, sino que debe ser una propuesta para toda

Marina Begoña Martínez-González, Diana C. Pérez Pedraza, Isaura E. García-Chávez,
Jesús Banquez, Paola Córdoba, Esquelin Canchila, Eliana T. González-Montes,
Cindy P. Hernández Henríquez, Aracelis López Díaz, Leidy Luz Hadechini Meza

la ciudadanía. Para que una sociedad se considere justa, necesita que se promuevan y desarrollen prácticas que permitan la participación en todas las actividades que se consideran típicas dentro de una sociedad democrática; que invierta en la generación y desarrollo del conocimiento que oriente las políticas para alcanzar la estabilidad socioeconómica y cultural, a través del acceso a trabajos dignos y educación de calidad; asimismo, que fomente la diversidad cultural, lingüística y de género (Frabboni, 2005).